

En medio de todo esto la vieja tenia sus tendencias diplomáticas (en el sentido en que los hombres de buen criterio entienden esta palabra), y al enviar á Juanilla por primera vez á palacio con D^a Isabel, siguiendo las instrucciones de Zapata, procuró ocultarle el objeto con que la mandaba cultivar aquella amistad.

Juanilla hizo cuanto Mencia dispuso, y en poco tiempo fué la amiga íntima de Isabel; al principio por obediencia, y luego por cariño.

Todas las noches, al volver á su casa Juanilla, sufría un exámen escrupuloso; Mencia le preguntaba:—¿Qué han hecho en el dia? ¿qué dice D^a Isabel? ¿de qué han hablado? ¿qué se sabe de Cortés y de la expedicion? ¿quiénes visitan á D^a Isabel de Paz? y otras mil preguntas que le ocurrían á la vieja, para averiguar, sin que su hija lo conociera, cuanto pasaba en la casa de la mujer de Dorantes.

La muchacha, llena de candor, contestaba á todo, sin que en ese todo encontrase la vieja mas que un vacío; ni el menor rastro de conspiracion, ni el menor vestigio de maldad, ni la huella mas insignificante de alzamiento ni de motin.

Mencia comenzaba ya á desesperarse, y algunas veces, clavando su penetrante mirada en los ojos tranquilos de su hija, decia en su interior:

—«Si estarán ya las dos de acuerdo; si me estarán engañando: bien hice en no confiarle el plan á Juanilla.....»

Pero Juanilla resistia aquella mirada sin bajar siquiera la vista, y Mencia se tranquilizaba.

—Paciencia! paciencia!—exclamaba entonces cuando se encontraba sola;—aun no se ha perdido mucho tiempo; puede que Isabel no tenga aún demasiada amistad con mi

De cómo nunca falta en las escenas del mundo uno que diga "yo lo vi"
ni otros que agreguen "bueno es saberlo."

MENCIA, por mas que se mostrara indignada por la partida de Zapata, no tomó el negocio muy á pechos: la verdad era, que si se oponia á la salida de su marido, más era efecto del capricho y del deseo de dominar al viejo soldado, que resultado del cariño.

Mencia, á pesar de ser casada hacia ya muchos años, como habia viv ido tanto tiempo separada de su marido, adquirió las mañas de las viejas solteronas, y la curiosidad se desarrolló en su alma como una pasión, y se alimentaba de las noticias de ajenas vidas, y servia á las mil maravillas para esa clase de investigaciones, y ponía en juego, para conseguir su objeto, no solo á todos sus conocidos, sino hasta al mismo Zapata y á Juanilla, no mas que el primero solia insurreccionarse contra el servicio que se le señalaba, y el proyecto terminaba en un combate conyugal; y la segunda, inocente y dócil instrumento, obedecia, sin saber quizá para qué hacia aquello que Mencia le mandaba.

hija..... y luego estos indios son tan desconfiados y tan astutos..... Ya veremos.

Una mañana, precisamente en la que tuvo lugar la escena que referimos en el capítulo anterior, Mencia se levantó antes de que la luz asomara en el Oriente; se sintió inquieta, y sin explicarse ella misma el motivo, se vistió y se asomó á una ventana.

El viento le trajo entre sus ondas el sonido de una campana.

—Llaman á misa los reverendos padres de San Francisco,—pensó la vieja;—levantada estoy, y seria cargo de conciencia no asistir á ella. Dios me llama á su casa. Juanilla duerme, y cuando vuelva de misa la despertaré.

Y como para no perder tiempo, entornó precipitadamente la ventana, se envolvió en un manto, y tomando la llave de la puerta que daba á la calle, abrió y salió, volviendo á cerrar por fuera, y guardándose la llave, echó á andar con direccion á la iglesia, que se construía en el nuevo monasterio de San Francisco.

El camino que tenia que llevar Mencia pasaba precisamente por uno de los costados del palacio de Hernan Cortés.

Cuando llegó allí, el edificio se destacaba sombrío en el fondo pardo del cielo, iluminado por los primeros reflejos de la aurora.

—¡Ah!—exclamó la vieja mirando el palacio y lamiéndose los labios como un gato que ventea un raton;—yo sabré, yo sabré lo que pasa allá adentro..... bueno será D. Rodrigo de Paz, pero á mí no me engaña; así podia estar unido á todos los indios de la cristiandad, que de saber tengo lo que ellos traman, así podian ocultarse en el fondo del mar..... ¡si esta Juanilla no fuera tan torpe!..... po-

brecilla! no tiene la culpa..... eso se le quitará con la edad.....

Llegaba en estas meditaciones á una esquina, y se detuvo repentinamente; el eco de las voces de dos personas que conversaban llegó á sus oídos, merced al completo silencio que reinaba.

—¡Calle!—dijo Mencia ocultándose detrás de la esquina;—¡calle!... hablan de una ventana de D^a Isabel..... si pudiera oír.....

Y se inclinó, como si todo su sér se reconcentrara, para escuchar mejor.

Doña Isabel y Tetzahuitl hablaban en voz baja; pero algunas palabras llegaban sin embargo hasta Mencia.

—¡Maldita raza!—dijo la vieja;—están hablando en su lengua de perros herejes, y no conozco ni entiendo nada de lo que dicen..... veré si puedo retener alguna palabra, y preguntaré.....

La vieja volvió á escuchar.

—*Mo yolo!*—exclamó de repente;—*mo yolo, mo yolo...* ¿qué querrá decir? no lo olvidaré; por ahora nada gano con estarme aquí; el hombre se retira, y la mujer no puede ser otra que D^a Isabel..... *mo yolo*..... Juanilla es muy tonta, ó me engaña..... *mo yolo*..... ¡Ah, Juanilla! en fin, ya tengo el hilo..... lo demás es fácil..... *mo yolo*... vuelvome á mi casa, ya no estoy capaz de oír la santa misa; me distraeria yo con facilidad..... *mo yolo*..... ¿qué querrá decir?... además, estoy impaciente por ver qué cara pone Juanilla al hablarle de esto..... *mo yolo*..... estoy segura de conocer, en su semblante, si me engaña ó es inocente..... *mo yolo*..... ¿á qué le dirán los indios *mo yolo*?

Y la vieja caminaba, de vuelta á su casa, tropezándose

por las calles, y repitiendo entre dientes, y en medio de comentarios y de maldiciones, estas palabras:

—*Mo yolo.....mo yolo.*

Llegó hasta la puerta de su casa, sacó la llave, abrió, y penetró en la habitación, volviendo á cerrar por dentro.

Juanilla dormía tranquilamente; Mencia se acercó á la cama, y la contempló.

—Será bueno no decirle nada hasta que se haya levantado; así conoceré mejor el efecto que le hace la noticia; por ahora, bueno será despertarla;— y se acercó al lecho, y llamó á su hija moviéndola cariñosamente.

Al través de aquel mal fondo de alma, se descubría á la madre.

—Señora!— dijo la muchacha abriendo sus hermosos ojos.

—Levántate, hija, que tarde es ya, y Dios envía su luz temprano para enseñarnos que no debemos ser perezosos.

—Bendito sea,— dijo como rezando la muchacha.

—Abriré la ventana, y que éntre la gracia de Dios,— continuó la anciana abriendo un poco uno de los batientes:

—Ave María Purísima.

Juanilla, rezando entre dientes, comenzó á vestirse apresuradamente, en tanto que Mencia salió á preparar el desayuno.

Un cuarto de hora despues, la madre y la hija, sentadas delante de una mesa, tomaban alegremente un sencillo desayuno.

—Juanilla,— dijo de repente Mencia,— tú me has dicho que nada de notable has observado en palacio ni en la conducta de D^a Isabel.

—Es verdad, madre, y no tengo motivo para engañar á su merced.

—Pero estás segura de lo que dices? no te habrás engañado?

—No, madre; pero extraño esas preguntas de su merced; quizá algo pasará de nuevo; pero puedo asegurar....

—No hay necesidad de que jures, hija, que eso es jurar en vano, y es pecado..... óyeme..... ¿sabes tú algo de un indio que ronda por las mañanas la casa de D^a Isabel?

Aquella pregunta, así tan intempestiva, sorprendió á Juanilla de una manera, que no fué dueña de reprimir su emoción.

No parecía sino que la vieja habia adivinado su secreto, que habia sorprendido su pensamiento, que le preguntaba lo que la doncella tenia en aquel momento en su alma.

Juanilla se puso encendida, roja, bajó los ojos, y con una voz insegura, contestó débilmente:

—Yo..... señora..... no.....

La vieja era demasiado perspicaz, y estaba en acecho para dejar desapercibida la turbacion de su hija; y creyó en el momento que Juanilla era culpable.

—Juanilla,— gritó levantándose furiosa,— Juanilla, tú me engañas, tú lo sabes todo.

—Madre!— repitió temblando la jóven.

—Sí, lo sabes, lo sabes, mala hija; y ahora mismo vas á declararme todo, todo..... ¿lo entiendes?— Vamos, ¿qué hace ese indio? ¿quién es? de qué trata?..... dime, qué quiere decir *mo yolo*? responde qué quiere decir..... *mo yolo*; tú debes saberlo, porque tú estás unida con ellos.

—Madre! perdon, perdon!

—No, no, perdon; habla, habla, hija mala, mala cristiana.

Juanilla, espantada y llorosa habia caido de rodillas delante de Mencia que la sujetaba con una mano, mientras que con la otra la amenazaba.

—Responde: ¿quién es ese indio? ¿qué hace allí?

—Señora,—exclamó la doncella temblando y sin saber casi lo que decia;—señora, perdon, yo le amo, y él me ama á mí.....

Aquella inesperada respuesta, aquel descubrimiento repentino, produjo en la madre el efecto contrario del que Juanilla se esperaba, y en vez de descargar el golpe, Mencia soltó á su hija, y retrocedió asombrada.

Habia creido encontrar el hilo de una conspiracion, y era un amante de su hija lo que hallaba.

Juanilla permaneció por un instante con la cabeza inclinada y esperando el golpe; pero como el golpe no llegaba, alzó el rostro y notó el cambio que se habia operado en la vieja.

En medio del terror que le habia causado aquella escena, un rayo de esperanza penetró en su corazon; ella no se sabia explicar la causa, pero la realidad era que su confesion franca y leal habia surtido muy buen efecto.

Entonces creyó que para terminar mejor, era preciso confesarlo todo, ser mas explícita; quizá Mencia aprobaba aquellos amores, quizá iba á pasar repentinamente de la desgracia á la felicidad.

Juanilla, como todas las mujeres apasionadas, tenia rasgos de audacia que un hombre no hubiera sido capaz de sentir, porque ni el valor del leon ni la osadía del tigre, son mas que sombra junto al arrojado de una mujer que siente en su alma una verdadera pasion.

Juanilla se levantó, se irguió, y con paso firme se dirigió adonde su madre la contemplaba aún en silencio.

—Madre,—dijo con voz tranquila y acentuando con cierta solemnidad sus palabras;—nunca habia querido confesar este amor á su merced, por no darle un disgusto y porque creia que no lo aprobaba; pero su merced lo ha descubierto, y es necesario confesárselo todo: yo amo á ese hombre con toda la fuerza de mi corazon, y él me ama tambien; este es el secreto y esta es la razon por la que ronda el palacio; espera verme allí, me cree en las habitaciones de D^a Isabel.

—¡Juanilla! mira lo que dices!—exclamó Mencia volviendo en sí de su sorpresa;—me estás engañando aún....?

—No, señora, es la verdad.

—¿La verdad? es decir que ese hombre te ama?

—Me ama.

—¿Y á tí te espera?

—Sí señora.

—Mientes, mientes, porque yo le he sorprendido hoy á la madrugada hablando con D^a Isabel de Paz.

—¡Con D^a Isabel!—gritó como fuera de sí Juanilla, sintiendo que la mano de hierro de los celos oprimia su corazon:—¡con D^a Isabel! madre, diga vuesa merced que se ha engañado, porque D^a Isabel me ha dicho que no le conocia.....

—Yo le he visto; es un indio noble, á lo que parece, por su rico trage, hermoso.....

—Oh, sí; él es, él es..... me han engañado, madre, me han engañado.....

Y la doncella, sin pensar siquiera en el enojo de su madre, sin recordar el principio de la escena, ciega de amor, y loca con sus celos, se arrojó sollozando al cuello de Mencia y estrechó contra su corazon á la vieja, que no sabia

verdaderamente qué papel debía representar en aquel momento.

Luchaba Mencia entre el amor de madre y la indignación; su hija la había engañado, pero su hija era también víctima en aquellos momentos, y lloraba.

Una madre puede ver sin conmoverse el llanto de su hija, cuando ese llanto es ella la que le hace derramar; pero si otra persona en el mundo tiene la culpa de que corran aquellas lágrimas, entonces la madre recuerda con ternura, que es madre, y es siempre el escudo y el consuelo de su hija.

—Cuéntame, Juanilla,—dijo Mencia acariciándola;—cuéntame tu pena, puede ser que no te hayan engañado...

—Oh, sí, madre mía, me han engañado! porque ahora recuerdo que D^a Isabel tenía un ramo de amapolas igual al que ese hombre me tiró una noche á la ventana..... me parece imposible: ¿los ha visto vuesa merced?

—Yo los he visto.

—¿Y nada oyó vuesa merced, nada de lo que decían?

—Hablaban en su lengua, y solo una palabra ó dos, que no sé si son dos ó una, logré aprender y retener.

—Y qué palabras eran esas, madre?

—*Mo yolo*, que no sé lo que significan, pero que ella las dijo casi en los momentos de separarse; ¿sabes tú, hija mía, lo que significan?

—*¡Mo yolo!* no sé, pero no las olvidaré, y hoy mismo tendremos su significado..... Ingrato!..... ingrato!.....

—Cálmate, Juanilla, y dime: ¿no crees que mas bien que asunto de amores, sea esto negocio de conspiración?

—¡Ojalá!

—¿Cómo, ojalá?

—Sí, porque si negocio fuera de conspiración, no sentiría yo en mi alma dolor tan profundo;..... pero no lo dude vuesa merced, ellos se aman.....

—Puede ser.

—¿Pero los vió vuesa merced, madre? ¿no se engañaría?

—¡Pobre niña! yo los ví, y te diré mas aún; me pareció escuchar el ruido de un beso.

Juanilla se puso densamente pálida al oír esta última noticia; pero entonces, severa y fría, se separó de los brazos de Mencia, diciendo con voz firme:

—Bueno es saberlo,—y luego agregó:—*¡mo yolo!* yo sabré lo que esto quiere decir.

—Hija mía, estás ya calmada; cuéntame esos amores.

—Madre mía, todo ha pasado; ¿para qué referir lo que ya no es? Lo único que juro á vuesa merced, por la cruz de nuestro Salvador, es que soy tan pura como el día en que recibí las santas aguas del bautismo: por lo demás, estoy tranquila.